

Historia de la educación teológica (1/2)

Dr. Justo L. González



Buenos Aires, Argentina
Asociación de Seminarios e Institutos Teológicos del Cono Sur

Historia de la educación teológica (1 de 2)

Cuando se me invitó a venir a esta reunión, y hacer dos presentaciones sobre la historia de la educación teológica, pensé que se me había asignado una tarea harto sencilla. Sería cuestión de ir a la biblioteca, buscar unos pocos libros sobre el tema, y resumir su contenido, con algunas notas o comentarios adicionales de mi propia cosecha.

Pero cuando por fin me puse manos a la obra me percaté de que la tarea que se me había encomendado era bastante más difícil de lo que yo mismo había imaginado. Tras extensas búsquedas, sólo pude encontrar una historia del tema encomendado— y se trataba de una serie de conferencias sobre ciertos aspectos muy limitados de la cuestión, dedicándose particularmente al contenido de lo que se enseñaba.

En cierta medida, esto refleja tanto el interés—o desinterés—de los historiadores como el carácter de los materiales que poseemos. En cuanto a los historiadores, resulta claro que al estudiar los ministerios—particularmente los ministerios ordenados—en la iglesia antigua les interesan más las cuestiones organizativas que las educativas. Así, por ejemplo, no es difícil encontrar docenas de libros y cientos de artículos acerca de la relación entre obispos, presbíteros y diáconos, sobre cómo surgieron esas órdenes, sobre quién elegía o nombraba a los candidatos, etc. Pero en esos mismos trabajos apenas si se menciona de pasada el modo en que esos mismos candidatos se preparaban para sus tareas ministeriales. De igual modo, hay

innumerables trabajos sobre los ministerios femeninos en la iglesia antigua—sobre la ordenación de la mujer, sobre la orden de las viudas, etc.—pero nada ha encontrado que discuta a profundidad cómo tales mujeres se preparaban para sus ministerios.

Empero esa situación no es sólo culpa de los historiadores e historiadoras; se debe también al carácter de los materiales con que contamos para estudiar el tema. Se trata casi exclusivamente de textos escritos. Por su propia naturaleza, esos textos reflejan la élite intelectual de la iglesia. En base a ellos, podemos saber bastante acerca de la preparación de los grandes líderes y teólogos que han dejado constancia escrita de sus pensamientos, y sobre quienes sus sucesores inmediatos o casi inmediatos escribieron biografías, cartas, etc. Pero resulta claro que tales personajes no son sino una pequeñísima fracción del ministerio ordenado en sus tiempos, y que sobre el resto y su preparación teológica es bien poco lo que sabemos.

Tomemos por ejemplo el caso de Cipriano, obispo de Cartago en el siglo tercero. Por sus escritos, correspondencia, etc., sabemos bastante acerca de su vida, sus conocimientos etc.

Pero los mismos escritos de Cipriano que nos dejan ver algo de su propia formación intelectual nos ofrecen un atisbo de muchísimos otros líderes eclesiásticos acerca de quienes lo que sabemos es prácticamente nada. Primero para tratar con ciertas herejías y cismas, y luego para ocuparse de la cuestión de la restauración de los caídos, Cipriano convocó a varios sínodos en los que se congregaron docenas de obispos de las cercanías de Cartago. De unos pocos de ellos,

conocemos el nombre. De los demás, nada. ¿Cuántos de ellos tendrían una educación semejante a la de Cipriano? ¿Cuántos no? Es imposible saberlo.

Más adelante volveremos a Cipriano. Por lo pronto, lo que me interesa subrayar es que el carácter mismo de las fuentes que poseemos siempre nos hace correr el riesgo de tomar la parte por el todo—y, peor todavía, de tomar una selección de personajes extraordinarios como si fuesen típicos de sus colegas y contemporáneos.

Hecha esta aclaración, podemos regresar al tema, y hacer al menos unas observaciones generales en cuanto a la educación teológica o ministerial en la iglesia antigua.

En este sentido, debemos comenzar reconociendo que, por mucho que nos sorprenda, durante la mayor parte de la historia toda de la iglesia no hubo una preparación teológica dirigida específicamente a quienes eran candidatos a la ordenación. Sí había una serie de requisitos, unos explícitos y otros no; pero tales requisitos no incluían el cumplir ciertos estudios teológicos, sino que se referían más bien al carácter de la persona, y a su ortodoxia.

Los requisitos que se establecen en el Nuevo Testamento, particularmente en las Epístolas Pastorales, son de todos conocidos, y no hay por qué volver sobre ellos. Poco después, o quizá hasta por la misma época, la *Didajé* también establece algunos de los requisitos morales para posiciones de liderato en la iglesia:

...no todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Así, pues, por sus costumbres se discernirá al verdadero y al falso profeta. Además, todo profeta que manda en espíritu poner una mesa, no come de ella; en caso contrario, es un falso profeta.¹

Aunque no había requisitos explícitos en cuanto a educación, podemos dar por sentado que el saber leer sería uno de ellos, al menos para aquellos cuyas funciones ministeriales incluían presidir en el culto. Como veremos más adelante, buena parte de ese culto consistía en la lectura y explicación de las Escrituras.

Sí sabemos que desde una fecha temprana había requisitos de ortodoxia. Esto era de esperarse, pues un movimiento pujante como el cristianismo siempre produce una multitud de variantes, muchas de las cuales el resto del movimiento considera estar fuera de los límites de la ortodoxia. También a esto hacen referencia las Epístolas Pastorales. Y a principios del siglo segundo el anciano obispo Ignacio de Antioquía le escribe a su joven contraparte Policarpo de Esmirna: “Que no te amedrenten los que se dan aires de hombres dignos de todo crédito y enseñan doctrinas extrañas a la fe. Por tu parte, mantente firme, como un yunque golpeado por el martillo.”²

Este fue el gran reto—reto mucho más serio que el de las persecuciones—a que se enfrentó la iglesia antigua. Frente a él, los obispos o pastores eran los soldados de primera fila. Pero ¿cómo asegurarse de que tales pastores eran en verdad ortodoxos, y comprendían la fe cristiana al

¹ *Didajé*, 11.8-9 (BAC, 65:89).

² *Ep. a Policarpo*, 3.2 (BAC, 65:498).

menos lo suficiente para reconocer cualquier doctrina falsa que pudiese presentarse? La cuestión era difícil, pues la iglesia en cada ciudad o pueblo elegía a sus líderes. Puesto que no había garantía de que ese pueblo supiese distinguir entre la ortodoxia y la herejía, siempre existía el peligro de que se eligiesen líderes ineptos o hasta herejes ellos mismos. Fue en respuesta a ese reto que se desarrolló un sistema según el cual, al tiempo que el pueblo cristiano en cada ciudad elegía a su obispo, antes de que éste fuese consagrado tenía que hacer circular entre sus colegas circundantes un documento expresando el contenido de su fe. Si esos colegas determinaban que ese contenido era ortodoxo, y que el presunto obispo tenía las herramientas teológicas necesarias para enfrentarse a los retos del momento, hacían saber su aprobación participando o enviando una representación al acto de consagración del nuevo obispo.

Fue así que comenzaron a establecerse los primeros requisitos de lo que hoy podríamos llamar “educación teológica”. De un modo u otro, era necesario asegurarse de que el candidato al episcopado o al ministerio pastoral supiese suficiente teología para distinguir entre la verdadera y la falsa doctrina, y para enseñarle la primera a su congregación, y precaverle contra la segunda.

Con todo y eso, repito, no había instituciones o programas dirigidos específicamente a la preparación teológica de los pastores o líderes. Aparte de lo que hicieran, leyeran o estudiaran por su propia cuenta, esos líderes no contaban con otros programas de instrucción que los que

estaban disponibles para toda la iglesia. Por tanto, cabe decir que durante los primeros siglos de la historia de la iglesia no hubo otro programa de educación teológica que el que se les ofrecía a todos los miembros de la iglesia. En términos de nuestro lenguaje de hoy, podríamos decir que la educación teológica y la educación cristiana eran lo mismo.

La casi totalidad de esa labor educativa de la iglesia tenía lugar en dos ámbitos: Primero, el culto del domingo. Segundo, la preparación de los catecúmenos. Además, pronto aparecieron algunas escuelas, sobre lo cual volveremos más adelante.

El culto del domingo consistía en dos partes: La liturgia de la Palabra y la liturgia de la mesa. Esta última era el servicio de comunión, al cual no asistían los catecúmenos ni los penitentes. Pero lo que aquí nos interesa es la liturgia de la Palabra, precursora de nuestros sermones de hoy. Para entender la importancia de esta parte del servicio, es necesario recordar, primero, que en fecha relativamente temprana la iglesia comenzó a contar con buen número de creyentes de origen gentil, y por tanto completamente desconocedores de las Escrituras, la religión y la moral hebreas; segundo, que en aquellos tiempos de libros manuscritos y de cristianos mayormente pobres eran contadísimos los creyentes que podían leer las Escrituras en sus hogares—y eran muchas las iglesias que no tenían sino parte de ellas—; tercero, que buena parte de los primeros cristianos pertenecían a las clases menos privilegiadas de la sociedad, y que por tanto no sabían leer.

Dadas esas circunstancias, resultaba absolutamente necesario que al reunirse la iglesia se le dedicara bastante tiempo a escuchar la lectura de las Escrituras y su explicación. Esta era prácticamente la única oportunidad que los nuevos creyentes tenían de escuchar acerca de Abraham o de Sara, de Moisés, del Decálogo, o del Sermón del Monte. Puesto que todos asistían a esta parte del culto, lo que allí se decía servía tanto de instrucción elemental para los neófitos como de lo que hoy llamaríamos educación continuada para los más maduros.

Para estos últimos, existía también el culto de comunión, la liturgia de la mesa. Aunque no había en él lo que hoy llamaríamos predicación o enseñanza, sí había una profusión de símbolos que le recordaban al creyente diversos aspectos de la fe.

El otro ámbito importante en que se ofrecía cierta forma de educación teológica era la preparación de los catecúmenos para el bautismo—lo que hoy llamaríamos clases de candidatos. A diferencia de nuestras clases de hoy, el programa de preparación para los catecúmenos bien podía durar dos o tres años. Se les reunía en grupos, cada uno con su maestro. Al principio ese maestro era normalmente el obispo o pastor. Pero según fue aumentando el número de los catecúmenos se fue delegando esa tarea a otras personas—y en ocasiones a laicos particularmente aptos para ella, como fue el caso de Orígenes.

Esas clases para catecúmenos hacían hincapié en los asuntos éticos, con el propósito de que los candidatos al bautismo entendiesen la diferencia entre la ética del común de la sociedad y la

moral cristiana. Además, se enseñaba la historia del pueblo de Israel, los hechos y enseñanzas de Jesús, etc. En cuanto a cuestiones estrictamente teológicas o doctrinales, se decía bien poco al principio de los estudios, y se iba diciendo más según se acercaba la fecha del bautismo de los candidatos—normalmente en Pascua de Resurrección. Como etapa final en esa preparación para el bautismo, se les “entregaba”—es decir, se les enseñaba—el Credo a los catecúmenos, y hacia el final de su preparación estos se lo “devolvían” al obispo—es decir, lo repetían y posiblemente lo explicaban. Pero, una vez más, el hecho de que en distintas ciudades o regiones se usaban credos diferentes y que la duración del catecumenado también variaba indica que no había un sistema monolítico de enseñanza, sino más bien una serie de prácticas relativamente comunes.

¿Dónde y cómo se educaron entonces los líderes más ilustres de la iglesia antigua? La respuesta es evidente: trajeron a la iglesia una educación que habían recibido del mundo secular. Y frecuentemente repetían en su propia enseñanza los patrones que habían recibido en ese mundo.

Tomemos por ejemplo el caso de Cipriano, a quien ya he mencionado. Uno de sus admiradores, el diácono Poncio, nos ha dejado un relato de la vida y muerte de Cipriano. Por ese escrito, sabemos que Cipriano pertenecía a una familia relativamente acomodada, y que antes de su conversión había recibido una buena educación en el campo de la retórica. Insatisfecho con su vida y con la filosofía que había aprendido, se acercó a un sacerdote anciano de nombre

Ceciliano, y a la postre aceptó la fe cristiana. Poco después de bautizado, fue elegido obispo de Cartago, a pesar de la oposición de otros presbíteros bastante mayores que él, quienes consideraban que el joven Cipriano no tenía la experiencia necesaria para el cargo.

Por todo esto sabemos que la mayor parte de la educación de Cipriano no fue teológica ni cristiana, sino que consistió en los estudios de retórica que por entonces seguían quienes aspiraban a una carrera en las leyes, la administración o la política. Y, puesto que tales estudios son bastante bien conocidos, podemos hacernos una idea del contenido de lo que Cipriano había estudiado antes de su conversión.

Según se acostumbraba entonces, es de suponerse que al completar sus estudios elementales de lectura, escritura y aritmética, Cipriano pasó a estudiar lo que entonces se llamaba “gramática”, que en realidad era la lectura y análisis detallado de la literatura clásica, tanto griega como latina, para de allí aprender elementos de lógica, estilística, historia, etc. Por último, más o menos a la edad de 15 años, pasaría de los estudios de “gramática” a los de “retórica”. Estos se centraban en el arte de la oratoria, e incluían varios niveles. Al nivel básico, los estudiantes aprendían a leer los clásicos (*lectio*), luego a explicarlos (*narratio*) y por último a evaluarlos y criticarlos (*judicium*). Todo esto lo empleaban en ejercicios en que preparaban y presentaban discursos laudatorios acerca de personajes y acontecimientos gloriosos del pasado. Entonces, al nivel más avanzado, practicaban el arte de la oratoria controversial, destinada principalmente a las disputas ante los tribunales.

Además de esos estudios de retórica, algunos estudiantes más avanzados o interesados cursaban estudios de matemáticas (frecuentemente combinada con teoría musical), filosofía y jurisprudencia.

Todo esto parece haberlo estudiado Cipriano antes de su conversión, y en base a esos conocimientos practicaba la abogacía en Cartago cuando conoció a Ceciliano, quien le presentó el mensaje cristiano, y de quien aprendió al menos los rudimentos de la fe. Después seguiría el curso de todos los catecúmenos, que en el norte de África por ese entonces tomaría unos dos años. En algún momento durante sus primeros años como cristiano, y ya desde antes de ser obispo, leyó además las obras de otros cristianos, y en particular de Tertuliano, a quien llamaba “el maestro”, y quien como él había sido abogado antes de hacerse cristiano.

Hasta donde sabemos, todo esto fue el contenido esencial de la educación teológica de Cipriano. En resumen: una educación secular enriquecida y reinterpretada por la fe cristiana.

Lo que es más, también parece ser que el método de enseñanza del propio Cipriano después de su conversión consistió en imitar lo mejor que había aprendido de la pedagogía clásica. En su tratado A Donato presenta su enseñanza como una conversación—o más bien un monólogo—que tiene lugar en un jardín bello y sereno:

Es agradable pasar aquí el día en conversación e instruir el entendimiento con discursos que tiendan a los preceptos divinos. Y con el fin de que no interrumpa nuestra charla un interlocutor profano, ni nos perturbe el griterío descompasado del bullicio de los esclavos, vamos a aquel sitio; allí está más retirado por la soledad que le rodea; allí

donde los pámpanos serpenteantes que trepan con sus rizos colgantes por los soportes de cañas formaron una pérgola con parras de frondosa cubierta. En ningún lugar tan a propósito para conversar, y a la par que contemplamos árboles y vides, que regocijan la vista con tan ameno espectáculo, el espíritu se alimenta con lo que entra por el oído, mientras se apacientan los ojos; si bien, no tienes otra ansia y preocupación que escuchar, sin cuidarte de la contemplación de encanto tan halagüeño; y por el afecto que me profesas, tienes los ojos puestos en mí y me prestas toda tu atención para escucharme.³

Al leer estas palabras, vemos que el modelo de educación adoptado por Cipriano—y que posiblemente había aprendido de sus antiguos maestros de retórica—era el de la conversación intelectual. Podemos imaginarnos a Cipriano caminando por el jardín con su discípulo Donato, como antes se paseó Aristóteles con su discípulo Platón.

Con ligeras variantes, la mayoría de los líderes que hoy se conocen como los “Padres” de la iglesia siguieron un curso de estudios semejante. Como resultado de tales estudios, y de los buenos oficios de sus familiares y conocidos, Ambrosio ocupaba un alto cargo administrativo en Milán y era todavía catecúmeno cuando sorprendentemente fue electo obispo de esa ciudad. Acudió entonces a su antiguo tutor, el presbítero Simpliciano, quien dirigió sus lecturas teológicas y le ayudó así a prepararse mejor para el cargo que ya ocupaba.

La historia de San Agustín es semejante. También él cursó estudios de retórica, y por algún tiempo se ganó la vida como maestro de retórica, y en toda su obra se ve el sello de Cicerón. Por su cuenta, estudió la filosofía neoplatónica, y leyó además las obras de los académicos. Cuando por fin se hizo cristiano y aceptó el bautismo, su sueño fue irse a un lugar apartado y allí

³ A Donato, 1. (BAC, 241:107).

dedicarse a la meditación y al diálogo teológico-filosófico con un grupo selecto de amigos. Eso fue precisamente lo que hizo en Casiciaco, hasta que inesperadamente, en una visita a la cercana ciudad de Hipona, le obligaron a aceptar el presbiterado y a la postre el episcopado. Como en los casos de Cipriano y de Ambrosio, también Agustín procuró entonces mejorar sus conocimientos teológicos, leyendo las obras de otros creyentes distinguidos. Pero en cierto sentido fue la labor pastoral misma la que fue formando su teología, pues en el curso de su vida es posible ver cómo, al enfrentarse a cuestiones eclesiásticas tales como el pelagianismo y el donatismo, el propio Agustín se fue volviendo menos neoplatónico y más cristiano.

En resumen entonces, en todos los casos que conocemos en suficiente detalle, la preparación teológica de los antiguos ministros de la iglesia consistió esencialmente en una educación secular, normalmente en los campos de la retórica y la filosofía, a la que se añadía primero lo aprendido en el catecumenado y en el culto de la iglesia, y luego la lectura de escritos teológicos por otros cristianos. Además, en algunos casos, como el de Ambrosio y Simpliciano, un joven ministro invitaba a otro cristiano más maduro a guiarle en el desarrollo de su propia teología.

Por otra parte, es necesario señalar que la actitud de la iglesia y de sus líderes ante la cultura pagana, y la educación que en ella se recibía, siempre fue ambigua. Tertuliano se preguntaba: “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué acuerdo tiene la Academia con la Iglesia?”⁴. Pero él mismo era estoico. Jerónimo, ya durante su propia vida respetado por toda la iglesia

⁴ *Prescripción contra los herejes*, 7.

como maestro de estilística, tuvo en sueño en el que una voz le reprendía: “Eres ciceroniano, y no cristiano”.⁵ Pero aún después de ese sueño siguió imitando el estilo de los clásicos. Muchos se percataban de que el estudio de la literatura pagana también podría acarrear la aceptación de lo que en ella se decía. Así Lactancio, por ejemplo, se refiere a su preocupación por los creyentes que vacilan, . . .

. . . especialmente los que son conocedores de la literatura. Porque en este sentido los filósofos, oradores y poetas son dañinos, porque la dulzura de su estilo y sus poemas melodiosos bien pueden cautivar a las almas no precavidas. Pero son dulces que encierran veneno.⁶

Es por esto que la cuestión de si los cristianos debían o no enseñar literatura clásica se planteó repetidamente. Por algún tiempo, la iglesia se negaba a bautizar a los maestros de “gramática”, de igual modo que lo hacía con los soldados o los adúlteros. En el siglo IV, tras la conversión de Constantino y sus sucesores, uno de los principales campos de batalla entre cristianos y paganos fue el control de las escuelas. Cuando encabezó su breve reacción pagana, el emperador Juliano prohibió que los cristianos fuesen maestros de literatura, pues se trataba de obras que no les pertenecían.

Fueron Orígenes en el Oriente, y bastante más tarde Agustín en el Occidente, quienes por fin proveyeron los fundamentos teológicos para la aceptación y el uso de la literatura clásica. En particular Agustín, ofreció en sus cuatro libros *De doctrina cristiana* todo un programa de estudios sobre la totalidad de las ciencias y las artes, así como de las Escrituras y de la fe. Según

⁵ *Epístola 37*, 28.

⁶ *Instituciones divinas*, 5.1

Agustín, había entre los gentiles cierto conocimiento de la verdad de Dios, infundido en ellos por el Verbo que es la Verdad y la Sabiduría divina. Había además instituciones y conocimientos de origen humano. Respecto a ellos el cristiano debe aprender a distinguir entre la verdad y la falsedad.⁷ Y luego, dentro de lo que es verdad, lo que es superfluo, lo que es útil y lo que es necesario. En sus estudios, con el fin de entender y obedecer la Palabra de Dios, los cristianos han de tomar en cuenta cuanto haya en la cultura pagana que pueda ser útil o necesario. De ese modo, Agustín estableció un ideal para los estudios teológicos cuyos ecos perduran a través de todo el medioevo, y perduran hasta el día de hoy.

Además, tenemos noticias de múltiples casos en los que un joven ministro le añadió a lo aprendido en las escuelas su formación a los pies o bajo la dirección de otro mayor—una especie de sistema de aprendizaje. Así, por ejemplo, Eusebio de Cesarea se formó a los pies del obispo anterior de la ciudad, Pánfilo. Y es de suponerse que Agustín aprendería algo mientras sirvió como auxiliar del anciano Valerio.

Dicho todo esto, repito, es necesario recordar que al hablar de Cipriano, Ambrosio y Agustín nos estamos refiriendo a personajes excepcionales, que han dejado huella en la historia de la iglesia. Había al mismo tiempo que ellos centenares de sus contemporáneos, pastores y obispos en otras tantas ciudades, acerca de cuya preparación teológica no sabemos nada.

⁷ *De doct, christiana*, 2.19, 25.

¿No había entonces escuelas teológicas? Sí las había; pero su función principal no era preparar ministros, sino desarrollar lo que sus maestros llamaban “la verdadera filosofía”, enseñársela a aquellos cristianos que quisiera tener un conocimiento más profundo de la fe, y debatir con los paganos. Tal fue la escuela fundada en Roma, durante la primera mitad del siglo segundo, por Justino. Fue en esa escuela que debatió con el pagano Crescente —lo cual aparentemente llevó a su martirio.

Pero la más famosa y más importante de tales escuelas fue la de Alejandría, fundada a mediados del siglo segundo por Panteno. Fue allí que se convirtió Clemente de Alejandría, quien luego encabezó la escuela de Panteno. Y fue allí que Orígenes hizo sus estudios teológicos más avanzados, al tiempo que se ocupaba de la catequesis de la iglesia alejandrina. A la postre, Orígenes dirigió una escuela en Alejandría, que puede o no haber sido la misma que Panteno fundara y luego Clemente dirigiera.

En todo caso, hay que recalcar una vez más que tales escuelas no tenían el propósito específico de preparar ministros o pastores. Lo que es más, Justino nunca fue ordenado; y Orígenes fue laico durante toda su carrera en Alejandría. Pero a pesar de ello, al menos la de Alejandría sí produjo varios pastores—entre ellos Heracles, quien luego llegó a ser obispo de la propia Alejandría, y Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea en el Ponto.

Con el cese de las persecuciones en tiempos de Constantino, y el apoyo siempre creciente del Imperio a la iglesia, varios cambios fueron apareciendo. En primer lugar, una vez que la casi totalidad de la población se hizo cristiana, el catecumenado de adultos, y con él las escuelas para catecúmenos, fueron perdiendo importancia.

En segundo lugar, los cristianos, que antes habían rehuido los estudios de literatura clásica, ahora comenzaron a participar en tales estudios. Así, por ejemplo, Basilio de Cesarea y su amigo Gregorio de Nacianzo estudiaron juntos en la famosa Academia de Atenas, fundada seis siglos antes por Platón. El resultado de esto fue que pronto las escuelas cristianas se organizaron siguiendo los patrones de las escuelas clásicas, frecuentemente usando los escritos de los clásicos, y ahora añadiéndoles lo que otros cristianos habían comentado sobre esos escritos.

En tercer lugar, el movimiento monástico, que había surgido algo antes en los desiertos de Egipto y de Siria, y que al principio era francamente anti-intelectual, ahora se extendió a las zonas más densamente pobladas, y los monasterios comenzaron a ser centros de estudios en los que no solamente se enseñaba tanto la teología cristiana como la sabiduría y la literatura de la antigüedad pagana, y en los que además se copiaban manuscritos y se compilaban bibliotecas. Además, se conservan datos acerca de varios obispos—entre ellos San Agustín—que reunieron en torno suyo a una comunidad semi-monástica de colaboradores que era a su vez una comunidad de estudio y reflexión. Esto era particularmente cierto en las principales ciudades, donde comenzaron a surgir comunidades monásticas, tanto de mujeres

como de hombres, dedicadas no sólo a la oración y la meditación, sino también al estudio. Un ejemplo notable de esto es la comunidad dirigida, primero en Roma y luego en Belén, por Paula y su hija Eustaquia, colaboradoras de Jerónimo en los estudios bíblicos. Y en Cesarea Macrina, la hermana de Basilio de Cesarea y de Gregorio de Nisa, quien la llama “la Maestra”, fundó una comunidad en Anesi. En esa comunidad se dedicó tanto a la meditación como al estudio, y fue ella quien llamó a su hermano Basilio a novedad de vida.

En resumen, los cristianos, posesionados ahora tanto de la antigüedad clásica como de su propia tradición cristiana, comenzaron a fundar instituciones semioficiales que a la postre darían lugar al monaquismo medieval, y que a su vez servían de centros de estudio.

Entonces los pueblos germánicos irrumpieron en el viejo Imperio Romano—las llamadas “invasiones de los bárbaros”. El propósito de estos invasores no era destruir el Imperio, sino hacerse partícipes de sus beneficios. Pero el resultado fue que la compleja administración del Imperio comenzó a deshacerse. En Roma se descuidaron los acueductos y los canales de desecación de lo que antes habían sido pantanos—y ahora volvieron a serlo. En unos pocos años, buena parte de la civilización romana se vino al suelo. Esa civilización había sido mayormente urbana—lo que es más, la palabra misma, “civilización”, literalmente quiere decir “ciudadificación”. La población de las ciudades decayó al punto que centros urbanos que antes habían contado con más de un millón de habitantes ahora escasamente llegaban a los veinte mil. Casi todas las antiguas escuelas—todas ellas escuelas urbanas—desaparecieron.

En su lugar, los monasterios surgieron como los principales centros en donde se conservaba la herencia intelectual de la antigüedad, tanto cristiana como pagana. Fue gracias a ellos que se conservaron, no sólo los escritos de Tertuliano, Cipriano, Agustín y otros, sino hasta la Biblia misma. En medio de un mar de desorden e ignorancia, muchos monasterios llegaron a ser islas de orden y de estudio. En un sentido muy real, los monasterios fueron las escuelas teológicas de la Edad Media, al menos hasta el siglo trece. Hay abundantes casos en los que, cuando los monjes se enteraban de que los normandos, los húngaros u otros invasores se acercaban, huían a los bosques con sus libros y sus reliquias, para volver sólo cuando el orden se restablecía.

Por siglos, no hubo en el norte europeo más escuelas que los monasterios, donde se seguía un currículo basado en la lista de las siete artes liberales de la antigüedad romana, y dividido en dos partes: el *Trivium*—gramática o literatura, retórica y lógica—y el *Quadrivium*—aritmética, geometría, astronomía y música. Ese currículo, empero, lo seguían sólo los "oblato" —es decir, niños o jóvenes consagrados por sus padres a la vida monástica. Para el resto de la población, no había programa alguno de educación.

Aunque tal no era su propósito, pronto los monasterios se volvieron fuente de donde extraer pastores de profunda religiosidad. Así hay abundantes ejemplos de casos en los que las congregaciones o los gobernantes de espíritu reformador acudieron a los monasterios en busca de pastores. Aunque la mayoría de los pastores no provenía de la vida monástica, esa vida poco a poco fue volviéndose modelo a imitar.

Por otra parte, hay que seguir subrayando que todavía no se establecía una relación estrecha entre la educación teológica y las funciones ministeriales. Los monasterios proveían una excelente educación teológica. Pero para ser ordenado no se requería experiencia monástica ni una preparación académica específica. Pocos años antes Agustín, refutando a los donatistas, había insistido en la eficacia de los sacramentos, aunque los administre una persona indigna. Ahora esa posición se llevó al extremo de pensar que la función principal de un pastor es administrar los sacramentos, y que para ello no tiene que tener la más mínima idea de lo que está haciendo. Así llegó a haber sacerdotes que apenas se sabían la misa de memoria, y cuyo ministerio consistía en repetirla, sin mayor explicación que la afirmación del poder extraordinario de las palabras de consagración, en virtud de la ordenación del sacerdote. Informes hay de pastores que no podían recitar el Credo; mucho menos explicarlo.

Hasta donde sabemos, aquellos pastores que de veras deseaban cumplir cabalmente con su ministerio se preparaban leyendo algunas de las obras de los antiguos acerca de las tareas ministeriales. De estas, las más populares eran el tratado de Ambrosio, *De las labores de los ministros* y, sobre todo, la *Regla pastoral* de Gregorio el Grande. Empero, como he tratado sobre esos documentos en otro escrito que fue publicado por ASIT, y que está fácilmente disponible, no diré más al respecto.⁸

⁸ "La tarea pastoral en la historia de la iglesia", en *La historia como ventana al futuro: Ensayos sobre la historia de la iglesia* (Buenos Aires: Kairós, 2002), pp. 59-86.

A fines del siglo octavo y principios del noveno Carlomagno y algunos de sus primeros sucesores intentaron reformar la enseñanza. Irlanda, precisamente por no ser parte del Imperio Romano, ni poderles ofrecer a presuntos invasores las riquezas del Imperio, no había sufrido los desmanes del resto de Occidente. Allí, particularmente en los monasterios, se habían continuado estudiando las letras, y algo de esa herencia había pasado a Gran Bretaña. Fue por ello que Carlomagno acudió a eruditos irlandeses y británicos. (El propio Carlomagno no aprendió a leer sino después de grande, y nunca pudo escribir, pues sus músculos acostumbrados a la espada no podían dominar la pluma.)

Con la ayuda de esos eruditos Carlomagno fundó una escuela en su propio palacio, y en ella estudiaron tanto sus hijos como otros jóvenes de la corte. Además, el Emperador hizo fundar escuelas semejantes en varias ciudades, y en otras los obispos, emulando al Emperador, hicieron lo propio. En esas escuelas el principal maestro era el sacerdote —lo cual tuvo como consecuencia inesperada el que los sacerdotes mismos comenzaran a estudiar más, y en algunos casos el que se les exigieran estudios a ellos mismos. Por primera vez en siglos, esos estudios se les ofrecían, no sólo a niños oblatos, sino a los hijos de cualquier cristiano que quisiera enviarlos a obtener una educación gratis. Aunque el propósito no era educar pastores o sacerdotes, el hecho era que dadas las circunstancias de la época y el contenido mismo de los estudios, éstos sólo podían aplicarse en la vida eclesiástica o a la administración civil, de modo que las escuelas carolingias se volvieron fuente de donde salieron muchos pastores, y por tanto puede decirse que aquellas escuelas fueron precursoras de nuestros seminarios de hoy.

El renacimiento carolingio no duró mucho. Las divisiones entre los mismos francos, y las invasiones de normandos y otros, pronto le dieron fin. Muchas de las escuelas que los obispos habían fundado desaparecieron. Lo mismo sucedió con la que Carlomagno había instituido en su propio palacio. Pero una vez más, en los conventos continuó algo de esa herencia. Aunque todavía no había requisitos académicos para la ordenación, siempre continuó la tradición, cuando alguien quería un pastor verdaderamente capaz, de acudir a los monasterios. Uno de entre muchos ejemplos que podrían aducirse es el de Guillermo el Conquistador, quien cuando decidió reorganizar la iglesia en la recientemente conquistada Inglaterra hizo llamar a Lanfranco, del monasterio de Bec en Normandía, para que ocupase el arzobispado de Canterbury. Y a la muerte de Lanfranco el Rey volvió a acudir a ese monasterio, ahora para hacer venir de él al celeberrimo Anselmo, lumbrera intelectual del siglo once y principios del doce.

Luego, al mismo tiempo que decimos que los monasterios no tenían el propósito específico de preparar sacerdotes, y que en muchos de ellos era poco lo que se estudiaba, hay que decir también que cada vez más los monasterios se fueron volviendo centros de estudios para el ministerio sacerdotal, y cada vez eran más los sacerdotes que se formaban en los monasterios y más los monasterios que consideraban que tal preparación era parte de su misión. Esta tendencia se hizo más fuerte tras las reformas de Gregorio VII en el siglo once, cuando el celibato eclesiástico se impuso, y por tanto disminuyó la diferencia entre el monje y el sacerdote. A partir de entonces, se pensó que el monasterio era el contexto ideal en el cual preparar y formar nuevos sacerdotes—después de todo, el propio Gregorio VII se había

formado en un monasterio cluniacense.

Luego, el monaquismo—ese movimiento proteico que tantas variantes ha presentado a través de las edades vino ahora a ocuparse de la preparación teológica y ministerial de buena parte del ministerio ordenado, así como de papas y prelados.

Tal era la situación en tiempos de la Reforma, como puede constatarse por la vida misma de Lutero. Cuando Lutero ingresó al monasterio de Erfurt, lo hizo con el simple propósito de dedicarse a la vida religiosa y así ganarse el cielo. Pero poco después de hacer sus votos se le dijo que había sido seleccionado para ser sacerdote. Esto le llevó a una serie de estudios, y en particular a la lectura de la explicación del canon de la misa, del célebre maestro universitario Gabriel Biel. Se dice que Lutero se sabía esa obra casi de memoria. Y no cabe duda de que la teología de Biel hizo fuerte impacto sobre él. Además, aun después de ordenado, Lutero tuvo que continuar estudios tanto de la Biblia como de las Sentencias de Pedro Lombardo, que para ese entonces eran el texto de estudios teológicos por excelencia.

Los monasterios siguieron siendo el único centro de estudios teológicos en Europa occidental hasta que las universidades vinieron a ocupar su lugar. De eso nos ocuparemos mañana.